

MUERTE, CIUDAD Y ARQUITECTURA. APROXIMACIONES DISCIPLINARES PARA EL ESTUDIO DE LOS PROCESOS DE MUERTE EN BUENOS AIRES, 1868-1903

David Dal Castello



DAVID DAL CASTELLO

Arquitecto FADU-UBA, Magister y Especialista en Historia de la Arquitectura, el Diseño y el Urbanismo. Doctorando en Arquitectura FADU-UBA. Investigador por el Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas "Mario J. Buschiazzo". Profesor adjunto en Historia de la Arquitectura, y Profesor adjunto en Historia del Diseño Industrial, ambas FADU-UBA. Miembro investigador del Programa de Estudios Heterotópicos IAA-FADU-UBA.

RESUMEN

El siguiente texto se origina ante el reconocimiento de un campo poco trabajado desde nuestra disciplina, que por lo tanto produjo una serie de interrogantes y dificultades al momento de estudiar las relaciones entre procesos rituales de muerte, a fines del siglo XIX en la ciudad de Buenos Aires. Asumiendo la enorme potencia simbólica que implica la muerte, y las elaboraciones y actuaciones que en tiempos de epidemias comenzaban en el dormitorio del enfermo, y, con buena fortuna culminaban con una digna sepultura, ¿cómo es posible que no exista registro disciplinar que ponga en relación las diferentes etapas de estos procesos, y sus articulaciones con los espacios? Nos proponemos como primer objetivo, sintetizar las principales relaciones entre prácticas funerarias y la historiografía de la arquitectura, basadas en ideas de estilo, monumento y restauración. Considerando que estos modos de tratamiento presentan limitaciones a la luz de enfoques basados en el habitar, introduciremos al debate las nociones de rito de paso, ritual, performance cultural y proceso de muerte, que desde la antropología colaboran a concebir la muerte como elaboraciones espacio-temporales de compleja significación e interrelación con los territorios y diversos ámbitos arquitectónicos y urbanos. Finalmente, y como objetivo principal, presentaremos una propuesta que articule estas teorías con nuestro campo de especialización histórica.

Palabras Clave: Rituales funerarios - Historia Urbana y de la Arquitectura- Construcción y articulación disciplinar.

ABSTRACT

The following text was occasioned as a result of a sparingly developed field by our discipline, producing several questionings and difficulties at the moment of studying death ritual processes relationships, at the end of Nineteenth Century, in Buenos Aires. Assuming the enormous symbolical power provided by death, and the ways it is elaborated and acted –process that usually begun in the bedrooms and hopefully ended within a dignified burial, in times of epidemics–, how are there no research works relating different phases of these processes, and its interaction with spaces?

Our first objective is to synthesize the main relationships between death practices and architecture historiography, based on the idea of style, monument and restoration. Regarding that these methods may contain certain limitations, according to our approaching intentions related to dwelling theories, we will introduce the notions of rite of passage, ritual, cultural performance and death process, that will enable us to conceive death as space-time elaborations within complex territories and diverse architectonic and urban signification and interacting scopes. Finally, as a main objective to this text, we will introduce an investigation proposition, articulating these theories with our historical specialization field.

Keywords: Death rituals – Architecture and Urban History – Discipline construction and articulation.

1.LA ARQUITECTURA ANTE LA MUERTE

En el año 1985, Michel Vovelle proponía, desde la historia de las mentalidades, un enfoque posible para abordar la historia de la muerte en tres niveles, entendiéndola como una historia vertical, a saber: muerte sufrida, muerte vivida y los discursos de la muerte. Si la primer categoría responde al hecho bruto de la mortalidad (curvas demográficas, por ejemplo), y la segunda a los componentes sociales colectivos “red de gestos y ritos que acompañan el recorrido de la última enfermedad a la agonía, a la tumba y al más allá”, los últimos, los discursos de la muerte, serían testimonios conscientes, discursos organizados (Vovelle, 1985:103). Consideramos que esta distinción es imprescindible al momento de aproximarse a una definición de objeto de estudio. Haremos una breve introducción al problema de los discursos específicos para luego concluir hacia un enfoque más relacionado con la idea de muerte vivida, es decir, la situación de aquellos componentes sociales colectivos en Buenos Aires de fin de siglo.

Ubicaremos algunas modalidades y conceptualizaciones para el abordaje de las relaciones entre arquitectura y muerte practicadas desde un sintético recorte historiográfico, cuyos discursos de la muerte entrañan una actitud histórica vigente aún hasta nuestros días, en particular practicada por aquellos estudios de enfoque patrimonialista.

Las necesidades de fortalecer un aparato crítico fundado en la noción de estilo, como vía para desentrañar el valor histórico inmanente en la obra, la consideración constructivista de la historia, y los criterios de presentación (reconstrucción histórica) en los catálogos mediante variables inclusivas y exclusivas, fueron aspectos recurrentes de un pensamiento decimonónico que podría condensarse respectivamente en las obras clásicas de Eugène Viollet-le-Duc, Sir Banister Fletcher, y Françoise Choisy.

En su *Historia de la Arquitectura*, Françoise Choisy (1899) se hace presente la cuestión funeraria dentro de la categoría “monumentos y tumbas”, en un recorrido desde la prehistoria, pasando por Egipto, Caldea y Persia, China, Japón, Grecia, Roma, Bizancio, Edad Media, hasta el Renacimiento. Desde un enfoque predominantemente materialista, constructivo, aparecen ejemplos de construcciones funerarias a las que reconoce su carácter pionero en tanto objetos artísticos, dilema que, por otra parte, la teoría de la arquitectura pretendió resolver desde fines del siglo XIX en su búsqueda autónoma con respecto a las artes. Años más tarde, Bruno Zevi ([1948] 1998), arrojaría una de las más famosas sentencias al circunscribir el hecho arquitectónico a las lógicas del espacio interior.¹

1 En oposición a estos objetos de estudio funerario más tradicionales, Zevi termina por declarar, en 1948, una discriminación cuando sentencia que, “un obelisco, una fuente, un monumento, aunque de proporciones enormes, un arco de triunfo son todos hechos de arte

Una Historia de la Arquitectura en el método comparado, de Sir Banister Fletcher (1896), se ubica en una búsqueda similar de (re)construcción objetiva de la historia. Los objetos monumentales funerarios aparecen incluidos dentro de la ya conocida clasificación biologicista, de base etnográfica. Atendiendo a estos requerimientos, tanto el soporte gráfico como la sistemática catalogación aparecen entre los ejemplos como expresión de reconstrucción histórica completa. Por ejemplo, la incólume reconstrucción del mausoleo de Halicarnaso (que es a su vez mérito de Newton & Pullan en 1862), expone la necesidad de cubrir una falta, propia de la acción del tiempo, del movimiento humano (Figura 1).

En el octavo volumen del *“Dictionnaire raisonné de l’architecture française du XIe au XVIe siècle”*, titulado *“Restauration”*, de 1866, Viollet-le-Duc señala que “Restaurar un edificio no es mantenerlo, repararlo o rehacerlo, es restituirlo a un estado completo que quizás no haya existido nunca”.

Dicha afirmación supone una unidad estilística inteligible, sistematizable, coherente y pura, cerrada y que, a partir de su conocimiento profundo sería posible desentrañar el espíritu de

que encontramos en las historias de la arquitectura (...) pero no son arquitectura” (Zevi, [1948] 1998:27). La postulación de Zevi, en actitud de diferenciación entre arquitectura y arte, llevaría años más tarde, a concebir la arquitectura más bien como hecho espacial poético, fenomenológico, relativamente escindida de los aspectos materiales concretos.

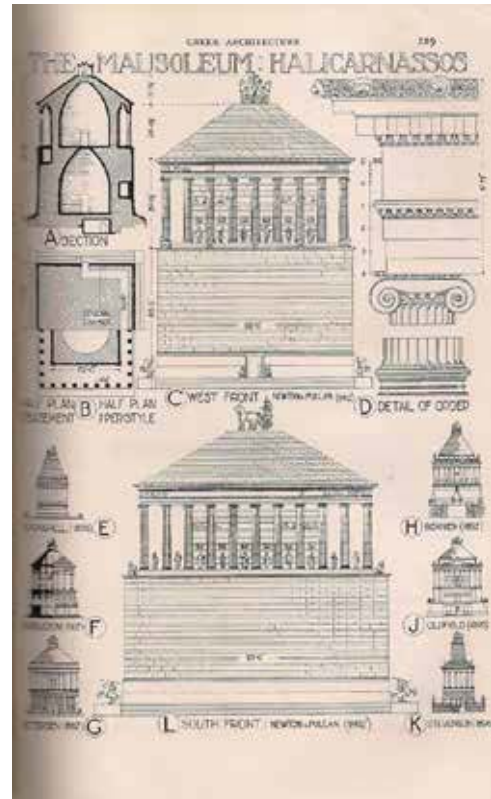


Figura 01.
Representación del mausoleo de Halicarnaso
(Newton y Pullan, en Fletcher).



Figura 02.
Ilustración del Sepulcro de Rufina Cambaceres, incluida en el libro de Núñez, titulado "Los cementerios", una de las obras pioneras al momento de relevar una historia de estos espacios, que se instalaron en los imaginarios urbanos como el sitio de la muerte por antonomasia.

la obra, su esencia. Pero al mismo tiempo establece una valoración evolutiva de la historia desde donde el presente es interpretado como superación del pasado, y por lo tanto, la obra podría "llegar a un estado completo que no haya existido nunca".²

En esta breve selección de casos historiográficos se condensa una posición que a lo largo del siglo XX va a determinar el eje principal de los estudios que vinculen a nuestra disciplina con la muerte, a saber: el estilo como condensador social, parte constitutiva del monumento. Esto implica, al mismo tiempo una concepción general de la historia objetiva, objetivable. Algunos años más tarde se constituirían conjuntos funerarios patrimoniales mediante listas y catálogos, en vistas de la protección histórica,

2 Sucedáneo de la obra de Violet-le-Duc, El culto moderno a los monumentos de Alois Riegl ([1903] 1987) surge como respuesta al encargo del Estado para gestionar una legislación que proteja los monumentos en Austria, aunque terminó estableciendo una propuesta más bien teórica que legal, en torno al monumento (en sus variables, intencionado, no intencionado, histórico, artístico, etc.). Según su autor, los monumentos presentan valores rememorativos de tres tipos, en estado de tensión continua: a) "valor de antigüedad", que se basa en la destrucción propiciada por el paso del tiempo, el valor de la huella de los ciclos de la vida; b) el "valor histórico", que considera al monumento como documento, que no acepta el deterioro y pretende detener desde el momento presente la destrucción total y, c) "valor rememorativo intencionado", que no permite que el monumento se convierta nunca en pasado, que se mantenga siempre vivo, en permanente estado de génesis, y su postulado fundamental es la restauración.

soslayándose muchas veces las discusiones y criterios de su conformación (Figura 2).

No obstante estas tareas de valoración de los objetos funerarios, la arquitectura, como disciplina, no asumió una relación de apropiación teórica muy clara, hasta nuestros días. La clasificación de estos conjuntos de objetos se ha localizado en un lugar intermedio entre la pieza de arte escultural y la arquitectura. Dicho en otras palabras, la arquitectura escasamente ha tomado una posición de apropiación y discusión teórica en torno de los problemas funerarios, inadvirtiéndole la potencia simbólica que implica, y por lo tanto su significativo aporte epistemológico.

2. EL HOMBRE ANTE LA MUERTE.³

Ampliamente considerada en los estudios teóricos del habitar de los profesores Doberti e Iglesia (2010), la noción de “espacio antropológico” surge como la más familiar y próxima herramienta de interpretación teórica. La naturaleza de estas indagaciones conduce de inmediato a lugares más específicos. La noción de rito de paso, así acuñada por Arnold Van Gennep, supone una secuencia ceremonial (bautismo, matrimonio, muerte, entre otros),

³ *L'homme devant la mort* (el hombre ante la muerte) se constituye como obra fundamental del historiador Philippe Ariès, que en el año 1977 proponía –desde la historia de las mentalidades–, revisar y clasificar históricamente las “actitudes ante la muerte” de la sociedad Occidental (central). Tomamos aquí este título, readaptándolo, como un homenaje a este valioso antecedente histórico, teórico y metodológico.

que reconoce la particularidad de “hacer que el individuo pase de una situación determinada a otra situación igualmente determinada” (Van Gennep, [1909] 2008:16). Esto implica un cambio de *status*, un paso de un mundo a otro, elaboración originalmente antropológica desde donde creemos posible y provechoso establecer relaciones con los espacios y territorios. Al descomponerse operativamente en tres fases: 1) ritos de separación, 2) ritos de margen y 3) ritos de agregación, el espacio de actuación se cualifica debido a la condición temporal de la secuencia, y a los caracteres significativos de las ceremonias particulares. Una apropiación histórica y metodológica de esta noción permitiría organizar una estructura narrativa que eche luz sobre sitios que la literatura específica no había trabajado aún. Años más tarde, trabajos sucedáneos de Van Gennep –Turner (1988) y Schechner (2010) –, apunta al estudio de las prácticas convencionalmente repetidas y situadas, en escenarios de actuación temporalizada mediante la “teoría de la *performance*”. En el despliegue de tales *performances*, que por definición implican la multidisciplinaridad, se ponen en evidencia, para Schechner, los rasgos culturales más profundos. Esto nos conduce por fin a otro concepto teórico, ya más específicamente asociado a los estudios de la muerte: la noción de “proceso de muerte” (Martínez, 2010), que amplía la experiencia de muerte más allá de las limitaciones biofísicas, de un proceso acotado y delimitado, como suele concebirse desde las ciencias médicas. Visto desde esta perspectiva, el tratamiento de la muerte no invocaría

un momento aislado, sino más bien una serie de eventos en donde alguna persona “está por morir”. A esto último debemos agregar la valoración histórica del cadáver en el análisis de los procesos rituales, operando como “símbolo ritual” (Turner 1999), actor de presencia relevante en determinados discursos y modos de elaboración de la muerte durante el período estudiado. Trabajos como los de Csordas (2010) y Panizo (2008-2010) resultan de gran interés al momento de considerar un marco teórico específico en esta dirección.

3.LA CIUDAD ANTE LA MUERTE

De estas aproximaciones teóricas preliminares proponemos pensar los procesos históricos mediante la metáfora de las “circulaciones”, como manifestación secuencial en los tratamientos de la muerte, concebida desde una temporalidad que pone en crisis la linealidad, instalándose más bien en un proceso de reciprocidades, y por lo tanto predominantemente circular. Dichas circulaciones aluden a los recorridos plurales y dinámicos en la ciudad, a cierta direccionalidad –que para la antropología establecen las procesiones–, que ponen en relieve las formas de presencia y ausencia de muerte, que tienen la capacidad de afectar –y ser afectadas por– los espacios doméstico, público, y territorios urbanos, que puede presentarse tanto como realidad material e inmaterial.

Debemos agregar que aquí, la idea de ritos de paso no sólo resulta útil como instrumento de

indagación y cualificación espacial, sino que además es tomada y reutilizada como metáfora interpretativa de la ciudad. Si, como señalamos anteriormente, dichos ritos implican una secuencia ceremonial que propicia un cambio de *status* en las personas, consideramos que sería posible tomarla como metáfora para explicar los procesos de cambio que experimentaba la ciudad de Buenos Aires desde mediados del siglo XIX, es decir, su propio tránsito. De modo que esta ciudad sería interpretada análogamente a un cuerpo atravesado por un proceso ceremonial cuya muerte no sería definitiva, sino más bien un cambio de estado que, en su transcurrir, habilita vínculos de reciprocidad con los vivos. En este sentido, los trabajos de Horacio Caride acerca de la ciudad como metáfora orgánica, ponen en evidencia concepciones que marcaron ciertos discursos intelectuales del siglo XIX, sabiendo que en la actualidad tales analogías resultarían anacrónicas e inconsistentes (Caride, 2011). Esta metáfora orgánica fue superada, en principio, por la noción de “medio ambiente” propugnada por un texto pionero de Kevin Lynch.⁴ Por tal motivo, proponemos aquí un ejercicio de readaptación de un concepto teórico-antropológico aplicado a la ciudad histórica. Consideramos que esta operación que hoy podría resultar teóricamente insuficiente, sí sería adecuada para un estudio histórico de Buenos Aires de fin de siglo, con-

4 Lynch, K. (1985) *La buena forma de la ciudad*, cita extraída de Caride Bartrons, 2004.

texto en el que las ciencias biológicas marcaron una fuerte presencia en la determinación y concepción de lo urbano.

Tal metáfora de Buenos Aires como un rito de paso es congruente con la denuncia de vertiginoso cambio social de, por ejemplo, Lucio López en *La gran aldea*, y con un extenso conjunto de textos de época que expresaban un momento de transición que nos invitan a reflexionar sobre la circulación de imaginarios instituidos y alternativos.⁵ Pero esta metáfora también puede inscribirse en relación con los discursos médicos y políticos, entre ellos el del propio Sarmiento, para quienes la ciudad presentaba un fuerte componente orgánico.⁶ Así, el problema del tratamiento, elaboración y administración de las muertes se evidencia en la confrontación de modelos de pensamiento urbano “tradicionales” (de raigambre religiosa, puntualmente Católica) y aquellas formas “renovadoras”, canalizados por la vía del pensamiento científico y político, cuyo acto fundacional simbólico fuera

5 La Gran Aldea de Lucio López, de 1884, denuncia un cambio en la percepción urbana de Buenos Aires entre 1860 y 1880, mediante la cual las modalidades de la vida colonial se han ido transformando a medida que la ciudad se modernizaba, siguiendo las tendencias del gusto europeo, en especial el francés y el inglés.

6 “Cuerpo y Ciudad. Una metáfora orgánica para Buenos Aires a fines del siglo XIX”, de Horacio Caride, constituye una lectura histórica en torno de los imaginarios organicistas implícitos en ciertos discursos hegemónicos, en especial el de Domingo Faustino Sarmiento, quien había sido presidente entre los años 1868 y 1874, y un prolífico escritor.

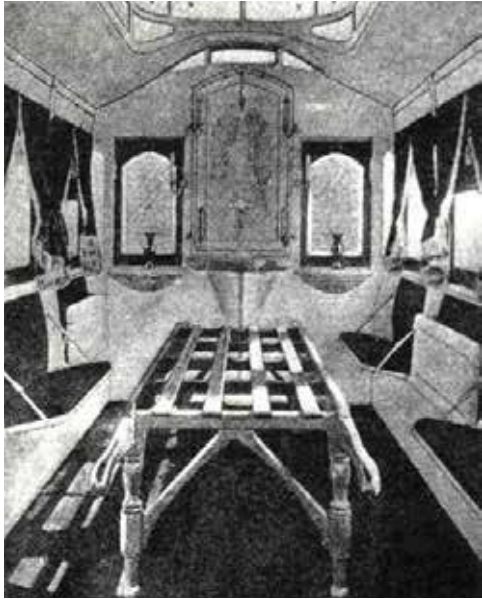
acaso la materialización del primer cementerio público de la ciudad, en 1821.

Asumiendo entonces que los tratamientos de la muerte implican un proceso temporalizado y espacializado, y que presentan aspectos rituales de base estructural, es decir, como rasgos estables, presentaremos una propuesta para un abordaje histórico, basada en la secuencia espacio temporal que proponen los ritos de paso, en el marco de una Buenos Aires en la cual, el modelo religioso católico era puesto en crisis ante los métodos de base científica, promovidos principalmente desde las ciencias médicas, a propósito del efecto causado por la fiebre amarilla.

3.1 SEPARACIÓN.

Abandonar el mundo, implica para muchas sociedades –y para la sociedad porteña católica de finales de siglo XIX–, un desprendimiento entre el cuerpo y su doble, pero sobre todo, una separación con respecto de los vivos: el muerto deja el mundo, a los vivos y a su casa, por lo tanto este espacio doméstico se volvía escenario privilegiado para practicar las ceremonias, conforme sus propias temporalidades. Esto es: velar.

En el año 1868, el primer reglamento de cementerios disponía la construcción de una “sala mortuoria” en cada cementerio de la ciudad, con un fin predominantemente científicista de observación de los cadáveres, que eran posibles focos de contagio epidémico. Desde aquí hasta 1903, momento en que se sancionó la



Figuras 03. y 04.

Imágenes exterior e interior de uno de los vagones de tramway pertenecientes a la empresa Lacroze, sistema de transporte previsto para el traslado de los difuntos al Enterratorio General del Oeste (actual Cementerio de Chacarita), durante tiempos de fiebre amarilla. Como rasgo particular, estos coches presentaban en su interior una reproducción espacial de las tradicionales “capillas ardientes”, unidades espaciales de base religiosa que se improvisaban mediante una serie de objetos rituales en la sala de la casa del difunto. Las circunstancias de la fiebre amarilla condujeron a trasladar y re-producir estos espacios por fuera del ambiente doméstico.

primera ordenanza para cremación en Buenos Aires, la práctica del velorio entró en un camino de revisiones y reelaboraciones donde cuerpos (vivos y difuntos) interactuaron de un modo particular con los espacios. A lo largo de este período, condiciones de emergencia epidemiológica, un marcado proceso de consolidación institucional (político y médico), y nuevos modos de economía urbana suscitaron la emergencia de otras modalidades y espacialidades dedicadas a la práctica de velorios, reemplazando las casas de familia (Figuras 3 y 4).

Dichos reemplazos no fueron, sin embargo, determinantes; muchos velorios siguieron practicándose en las casas, incluso hasta la actualidad. Esta cuestión que nos conduce a un estudio pormenorizado de aquellas situaciones intermedias y, principalmente, al carácter transformador que la práctica ritual tenía sobre los ambientes más privados de la casa, en los que diversos grupos sociales accedían mientras duraba la práctica.

Por último, es importante dimensionar debidamente el aspecto social de las prácticas, que en estas circunstancias históricas ha sido aún más diferenciador, por cuanto gran parte de los discursos de intervención y suspensión de la casa como espacio de velatorio se fundaban en las características moralmente objetables de los modos de habitación de aquellos grupos sociales que denominaban “pobres”. Estos grupos sociales, que los discursos hegemónicos se ocupaban de contraponer a los de

una moral decididamente más solemne –los “ricos”–, mostraban una actitud diferente de apropiación del espacio público –extensión del espacio doméstico del velorio–, caracterizada como “festiva”.

3.2 TRÁNSITO.

La salida del muerto de la casa, constituye un acto simbólico, la consecución de un recorrido, hacia un espacio que no está más en esta Tierra. La fase liminar, estructural del rito de paso, podría caracterizarse en este período, aún en los espacios públicos de la ciudad. Contrariamente a lo que sostienen las teorías contemporáneas sobre las actitudes ante la muerte, entendiéndolas como interdicción, prohibición, ocultamiento y silenciamiento, la imagen de la muerte alcanzó en las últimas décadas del siglo una presencia urbana insoslayable en tanto instrumento de diferenciación de grupo, en un momento de movimientos significativos para la ciudad.⁷ La consideración histórica de estas di-

7 Asumiendo un cambio en el modo de relación entre sociedad y muerte, buena parte de las ciencias sociales detectó a lo largo del siglo XX un distanciamiento, caracterizado como silenciamiento, interdicción, prohibición, u ocultamiento ante la muerte, procesos que fueron habilitados mediante un conjunto de artefactos urbanos, en especial los hospitales, y las empresas de servicios fúnebres. La argumentación de que en las ciudades –mediadas por procesos civilizatorios– se produjeron rupturas de las modalidades rituales tradicionales y que, los ámbitos rurales hayan sido un medio conservador de este tipo de prácticas, es una constante teórica que consideramos imprescindible analizar y situar. Ver: Morin, 1951; Gorer, 1955; Ariès, 2007; Elias, 2011; Vovelle, 1985.

námicas permite acercarnos a redirecciones y reelaboraciones alternativas de los espacios y la historia de la ciudad.

Podríamos ubicar el problema de la (re)-presentación pública y el desplazamiento de las muertes sobre dos vías urbanas claramente definidas. Una situada en el centro de la ciudad; la calle Florida que se consolidaba entre las décadas de 1860-1910 como sector obligado de exhibición; una “última escena” apropiada por la aristocracia porteña, y otros grupos de afinidad. La segunda vía, instalada en el borde de la grilla urbana, en dirección al suburbio y la campaña, cuyo fin era trasladar los cadáveres que sucumbían ante la fiebre amarilla en 1871 al nuevo Enterratorio General del Oeste (actual Cementerio de Chacarita), ramal popularmente denominado “tren fúnebre”, diferenciables, operaron exhibiendo y ocultando la muerte.⁸ Paradojalmente, su intento por invisibilizarla implicaba otros modos de presencia, de representación que convocaba a un grupo diverso de actores. Por lo tanto, parte de la ciudad y sus elementos podrían presentarse como imagen de la muerte a través de un intercambio sim-

8 Gran parte de los conocimientos de funcionamiento de este ramal fueron registrados mediante diversos cruces epistolares entre los intendentes de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires Torcuato de Alvear, Carlos Crespo, y los Directores Generales de Ferrocarriles por parte de la Provincia de Buenos Aires, en: Archivo Histórico de la Ciudad de Buenos Aires. Para otros detalles acerca del “tren fúnebre”, ver: Boragno, 2010.



Figura 05.

Plan of the city and suburbs, 1871 (Major. F.I Rickard). Podemos reconocer a través de este mapa los límites formales de la ciudad y su relación con los trazados ferroviarios y la proyección de tramways, que vinculan ciudad formal y campaña. El tren, que une ambos ambientes interviene como imagen simbólica de esas muertes, articulando y relacionando ciudad regulada y territorios anegadizos, limítrofes.

bólico de presencia por ausencia⁹. Es preciso considerar históricamente las relaciones de presencia-ocultamiento, y los modos de territorialización que alcanzó la muerte en la ciudad, evidenciando para este último caso, una notable subversión de las categorías tradicionales que la historiografía ha asignado a la ciudad como entorno que implicaba renovaciones, y al medio rural como ambiente de pervivencias de las tradiciones funerarias (Figura 5).

La elaboración colectiva y performativa de esos escenarios supone un desplazamiento de *status* entre los vivos y los muertos.¹⁰ Desde la condición liminar de esta instancia se explica un *status* de indeterminación –del muerto, y también de los vivos–, relacionada con la imagen de la ciudad.¹¹ Se trata de un modo de

9 El historiador del arte Hans Belting, explica acerca de las imágenes y los medios que: *“El medio posee en el culto a los muertos un antiquísimo paradigma (...) El difunto intercambia su cuerpo perdido por una imagen, por medio de la cual permanecía entre los vivos. Únicamente en imagen era posible que este intercambio tuviera lugar”*. Belting, 2012, p.38. Entendemos que en estos procesos de intercambio simbólico la ciudad en términos amplios, se constituye medio de esas muertes.

10 Se toma la noción de *performace* en relación con la ciudad como espacio de actuación, expresión cultural, retomada de Richard Schechner. Consideramos que dicha noción transdisciplinar permite abrir el juego de relaciones involucradas en las representaciones funerarias.

11 En *La selva de los símbolos* Victor Turner refuerza la función transformadora del ritual (y confirmatoria de la ceremonia), estudiando ciertos rituales de iniciación de los *ndembu* en África. Para él, el concepto de lo liminar

entender la muerte, definida desde la ciudad y desde sus habitantes, que al mismo tiempo los define, es decir, como configuraciones de escenarios de reciprocidad.

3.3 REINGRESO.

El tratamiento del cementerio urbano monumental como problema histórico se instala aquí como un “rito de integración”, (rito post entierro) en el que el cuerpo del difunto quedaría localizado más o menos definitivamente. Hay que aclarar, secundariamente, que el entierro no indicaría una culminación definitiva del proceso de la muerte, puesto que la acción conmemorativa fue acaso una de las funciones más relevantes de esas piedras (medios para la imagen del difunto), cuya temporalidad resultaría por otra parte, diferencial, inconmensurable e inaprehensible en otros casos. Todo esto ofrece alteraciones del espacio-tiempo convencional, que bien podrían ser abordables desde los conceptos de “heterotopía” y “heterocronía” propuestos por Foucault (2010). Los cementerios monumentales urbanos de esta época surgen como el último eslabón de estos recorridos doméstico-urbanos, en un momento histórico donde muchos espacios tradicionales de tratamiento funerario mutaban a otras formas, adquirirían una especialidad y especificidad para

estaría referido a un *status* indeterminado “La invisibilidad estructural de las personas liminares tiene un doble carácter. Ya no están clasificados y, al mismo tiempo, todavía no están clasificados” (Turner, 1967:106).



Figura 06.

Sepultura de John Murtagh, 1860.

(Figuras 6 y 7)

Un relevamiento de las sepulturas (actuales) del Cementerio del Norte, originadas entre 1860 y 1880 corrobora una instancia de transición donde conviven enterramientos en suelo y los primeros mausoleos, de marcada referencia religiosa. Estas últimas repiten en su esquema espacial, la lógica de las capillas. Sin embargo la enorme profusión estilística e iconográfica registrada denota un momento y sitio de cierta “libertad” experimental como ensayo tensado entre imaginarios instituidos e imaginarios instituyentes. Es muy probable que los cementerios hayan sido, durante estos años, un territorio experimental de las arquitecturas y construcciones para la ciudad.

las funciones rituales. La acción cultural de la sepultura y sus signos materiales marcan un lugar de los muertos y de la muerte en la ciudad, y de acuerdo al enfoque que le demos, nos permiten construir diferentes articulaciones entre lo inmaterial y lo material (Figuras 6 y 7).

A diferencia de los otros espacios involucrados en esta propuesta de historia urbana de la muerte, no cabe duda que los cementerios son los espacios de la muerte por antonomasia. Bien porque siguen estando instalados en los imaginarios como primer recurrencia de la muerte en la ciudad, y sobre todo porque fueron sitios deliberadamente proyectados y construidos para la muerte, por lo tanto pretenden representarla, reflejarla, tanto como a la vida.¹² Lo primero y lo segundo no están dissociados, y habría que estudiar más detenidamente la deriva de dichos imaginarios en el tiempo hasta el presente. Pero nuestro interés es centrarnos más puntualmente en la segunda observación: su condición en tanto emplazamientos intencionalmente creados para la muerte.

Surge, inevitablemente en este punto, el problema de asimilación entre cementerio y ciudad, entendido como par simétrico, como “microcos-

¹² La consideración de los cementerios como proyectos abre aquí un amplio conjunto de posibilidades y discusiones que nos parece de gran valoración puesto que surgen a la luz casos de generación espontánea, luego proyectos que en el curso de la práctica han sido modificados, o incluso proyectos ideales que nunca fueron aplicados.

mos de la ciudad” (Etlin, 1977). Así, si creyéramos que la piedra es portadora de la memoria, es decir de la historia, el monumento (el cementerio, por lo tanto) se convertiría en lo que Nietzsche ([1874] 2000) definía como “historia monumental”, o “anticuaria”¹³ y que, desde una perspectiva valorativa del monumento se aproximaría a la idea de “valoración histórica”, enunciada ya por Riegl ([1987] 1903).

De los cementerios que hubo en Buenos Aires, gran parte de ellos desaparecieron, convirtiéndose en parques, plazas (cementerio del Sud, primer cementerio del Oeste, primer y segundo cementerios de Belgrano, entre otros), mientras que tan sólo algunos permanecen, tales como Chacarita, Recoleta y Flores. Sin embargo, tal permanencia también es relativa; lo que actualmente conocemos del cementerio de Recoleta es apenas una última capa histórica y material que sepultó, por así decirlo, las tumbas de su primer momento (entre los años 1822-1860 aproximadamente). Estos conjuntos monumentales, que fueron coronados por un grupo de la generación del 80, fueron argumento para la consolidación y establecimiento definitivo del Cementerio del Norte (antigua denominación del actual Cementerio de La Recoleta). Años

¹³ Nietzsche distinguía tres especies de historia, a saber: monumental, anticuaria y crítica. En la primera especie, hechos individuales embellecidos emergen como solitarios islotes, para la anticuaria todo lo antiguo y pasado entra en veneración sin restricciones (conserva la vida pero no la crea), y la historia crítica traería el pasado ante la justicia (Nietzsche, [1874] 2000).



Figura 07.
Sepulcro Rosendi, 1875.

más tarde, dichos monumentos volvieron a ser valorados y protegidos, primeramente ante la creación de la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos, en 1938. La ley 12.665 de 1940 fue otro precedente importante, pero recién en 1947, mediante el decreto 34.040 los sepulcros podían ser declarados de interés histórico nacional (De Masi, 2012: 11-12). Estos procesos revelan una dinámica propia, una yuxtaposición de capas históricas que en nuestro caso pretendemos entrecruzar con el dominio instrumental e institucional de los emplazamientos de la muerte por parte de una generación de intelectuales vinculada al pensamiento racionalista cientificista.

Una breve aproximación teórica en torno de los conceptos de lugar y espacio será útil a la hora de dar espesor a estas interacciones entre cementerio y ciudad. Hablar del lugar de la muerte puede llevarnos a pensar una situación de lo estable y definitivo, un “aquí yace” cuyos orígenes son más remotos que la sedentarización del hombre, porque se cree que una de las características más representativas que dieron fin al nomadismo es el enterramiento de sus muertos, esto es, una marca de referencia, un “punto fijo” sagrado, en palabras de Mircea Eliade (1979). Así, una serie de circunstancias de tiempo y lugar comenzarían a definir –a partir de las elaboraciones de muerte– relaciones entre vivos, y ente vivos y muertos (lo interno, lo externo, las fronteras, lo que está arriba, lo que está abajo, etc.). Sin embargo, las topografías imaginarias de la muerte operaron indiscriminadamente

mucho tiempo antes, tanto entre pueblos nómades como sedentarios, bajo el principio ontológico universal de la salvación y trascendencia, cuestión que daría lugar a una mayor complejización de la problemática. De esta manera se presentaría para algunos una dislocación entre el lugar de los muertos (más allá imaginario) a donde el difunto iría, y el lugar real de la presencia del cadáver (la tumba). Por lo tanto, según Hans Belting, tal lugar sólo puede ser simbólico (Belting, 2012:192). Si, como sugiere Nietzsche, “la realidad está constituida por ilusiones que se han olvidado que lo son, por metáforas que se reifican”¹⁴, la puesta en movimiento de las metáforas presentes en los discursos de época quizás pueda reconciliar los términos materiales e imaginarios, el lugar real, y el simbólico.

La presentación de variables de significación, y de relaciones de espacios y territorios que surgen de este trabajo, pretende inaugurar nuevos interrogantes, reflexiones, y debates para la construcción de un campo que actualmente presenta límites poco claros y, creemos, pendientes de ser discutidos no sólo en el ámbito de la ciudad de Buenos Aires, sino en comparación con las realidades históricas singulares que pueden presentar otras ciudades.

Consideramos que, si bien el campo de los estudios disciplinares en relación con la muerte y sus procesos requiere una compleja tarea de construcción, dicha labor se convierte, al mismo

¹⁴ Nietzsche en Lizcano, 2009, p.47.

tiempo en una oportunidad si comprendemos el valor que envuelven las lógicas y los sentidos socioculturales de la muerte.

Ámbitos determinados por lo solemne, lo festivo, las transformaciones rituales permanentes, y las efímeras –guiadas por las temporalidades rituales–, lo integrativo, lo tutelar, lo repulsivo, lo sagrado, lo consagrado y lo profano, la honra, la negación y el desprecio moral, los sentidos de pertenencia, las imágenes de familia, la representación de grupos sociales diferenciados, y de la Nación, las reciprocidades simbólicas entre vivos y muertos, entre muchas otras posibilidades de cualificación, merecen un tratamiento y estudio, a partir de aquí, porque estas relaciones singulares constituyen modos de habitar urbano singulares, como pueden hacerlo también otras historias, problematizadas desde otras áreas temáticas. Creemos que estas discusiones colaboran a la construcción de sentido y dinamización de nuestra disciplina.

RECIBIDO: 5 de julio 2016

ACEPTADO: 15 de noviembre 2016

BIBLIOGRAFÍA.

- Concejo Municipal de la ciudad de Buenos Aires. *Actas del Concejo Municipal de la ciudad de Buenos Aires, 20 de mayo de 1868*. Buenos Aires: Archivo Histórico de la Ciudad de Buenos Aires.
- Concejo Municipal de la ciudad de Buenos Aires. *Actas del Concejo Municipal de la ciudad de Buenos Aires, 1 de septiembre de 1868*. Buenos Aires: Archivo Histórico de la Ciudad de Buenos Aires.
- Ariès, P. (2007). *Morir en occidente: desde la edad media hasta nuestros días*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Belting, H. (2012) *Antropología de la imagen*. Madrid: Katz.
- Boletín de la Asociación Argentina de Cremación, números 1 a 12 (1923-1928). Buenos Aires: s.d.
- Boragno, S. (2010). Chacarita. En: Boullosa, J. *Relatos de dos barrios*. Buenos Aires: s.d.
- Caride Bartrons, H. (2004). La metáfora ausente. Analogías biológicas y ciudad en la noción de ecología urbana. *Seminario de crítica del Instituto de Arte e Investigaciones Estéticas "Mario J. Buschiazzo"*. (139), 2-39.
- Caride Bartrons, H. (2011). Cuerpo y ciudad. Una metáfora orgánica para Buenos Aires a fines del siglo XIX. *Anales del IAA* 41(1), 37-52.
- Choisy, A. (1951). *Historia de la arquitectura*. Buenos Aires: Víctor Leru.
- Csordas, T. (2010). Modos somáticos de atención. En S. Citro. *Cuerpos plurales, antropología de y desde los cuerpos*. Buenos Aires: Biblos.
- Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la ciudad de Buenos Aires. (2005). *Patrimonio cultural en cementerios y rituales de la muerte. Tomo I y tomo II*. Buenos Aires: Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la ciudad de Buenos Aires.
- De Massi, O. (2012). *Sepulcros históricos nacionales. Evolución de su tratamiento jurídico y patrimonial y repertorio fotográfico de época*. Buenos Aires: Eustylos.
- Eliade, M. (1979). *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Guadarrama.
- Elias, N. (1987). *La soledad de los moribundos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Etlin, R. (1977). Landscapes of eternity: funerary architecture in the cemetery, 1793-1881. *Oppositions*, (8), 15-31.
- Fletcher, B. (1956). *A history of architecture on the comparative method*. London: B.T Batsford LTD.
- Foucault, M. (2010). *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. Ediciones. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gorer, G. (1955). The pornography of death. *Encounter: literature, arts, current affairs*, (oct.), 49-52.

- Iglesia, R. (2010). *Habitar, diseñar*. Buenos Aires: Nobuko ediciones.
- Lizcano, E. (2006) *Metáforas que nos piensan. Sobre ciencia, democracia y otras poderosas ficciones*. Buenos Aires: Biblios.
- López, L. V. (2010). *La gran aldea*. Buenos Aires: Biblioteca Abelardo Castillo, Capital Intelectual.
- Martínez, B. (2010). Rituales de muerte en el sector sur de los Valles Calchaquíes. En C. Hidalgo (comp). *Etnografías de la muerte. Rituales, desapariciones, VIH/SIDA y resignificación de la vida*. Buenos Aires: CLACSO-Editorial Ciccus-FFyL.
- Morin, E. (2007). *El hombre y la muerte*. Barcelona: Editorial Kairós.
- Nietzsche, F. (2000). *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*. [II Intempestivas]. Madrid: Edaf.
- Núñez, L. (1970). *Los cementerios*. Buenos Aires: Ministerio de Educación de Argentina.
- Panizo, L. (2008-2010). El embodiment de los muertos: hacia una etnografía de la muerte. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* (22), 55 - 164.
- Revista Todo Trenes, (oct-nov), Buenos Aires. 2010.
- Rickard, F.I. (1871). *Plan of the city and suburbs*. Buenos Aires: Archivo General de la Nación Argentina.
- Riegl, A. ([1903] 1987). *El culto moderno a los monumentos*. Madrid: Visor.
- Schechner, R. (2010). *Performance. Teoría y prácticas interculturales*. Buenos Aires: Libros de Rojas, UBA.
- Turner, V. (1969). *El proceso ritual: estructura y antiestructura*. Madrid: Taurus.
- Turner, V. (1967). *La selva de los símbolos*. México: Siglo XXI.
- Van Gennep, A. (2008). *Los ritos de paso*. Madrid: Alianza.
- Vovelle, M. (1985). *Ideologías y mentalidades*. Barcelona: Ariel.
- Zevi, B. (1998). *Saber ver la arquitectura* (1º ed. 1948). Barcelona: Apóstrofe.